



## El tema del niño en la poesía española actual (II)

M<sup>a</sup> Isabel Jiménez Morales<sup>3</sup>

Entre 1950 y 1970 fue dignificándose y evolucionando la literatura infantil, debido a la actualización de tratamientos y temas, pero también a la calidad de sus cada vez más numerosos cultivadores. Como Gloria Fuertes, poco a poco fueron más los autores que dirigieron sus creaciones a los niños, contribuyendo a que se fuera perdiendo esa marca de género vergonzante que durante tanto tiempo ha ostentado dicho tipo de literatura.

Uno de sus mejores y más tempranos cultivadores en nuestro país es, sin duda, el cacereño afincado en Málaga, Antonio Gómez Yebra. Comenzó en 1978 escribiendo y publicando para niños. Primero se inició en el difícil género del teatro, para un año después cultivar la poesía infantil, completando el último eslabón de esta cadena literaria con el cuento y la narración breve, faceta ésta en la que últimamente está siendo más prolífico.

Cinco libros de poemas ha dado a la luz A. Gómez Yebra. A diferencia de lo que sucede en la producción de Gloria Fuertes, en casi todos ellos el niño es presencia importante, aunque no única. Comparten estas criaturas el protagonismo, especialmente, con animales personificados y con plantas, pero también con los sucesos y objetos más próximos de su universo particular, hasta los aparentemente menos líricos.

Ya desde *Travesuras poéticas*<sup>4</sup>, su primer libro, el niño descuella en su universo literario. Quizás no presidan los poemas con hazañas importantes o con reflexiones sesudas, pues son niños de carne y hueso, cercanos a los destinatarios de sus poemas, ya que en ellos pueden (y el escritor así parece desearlo)

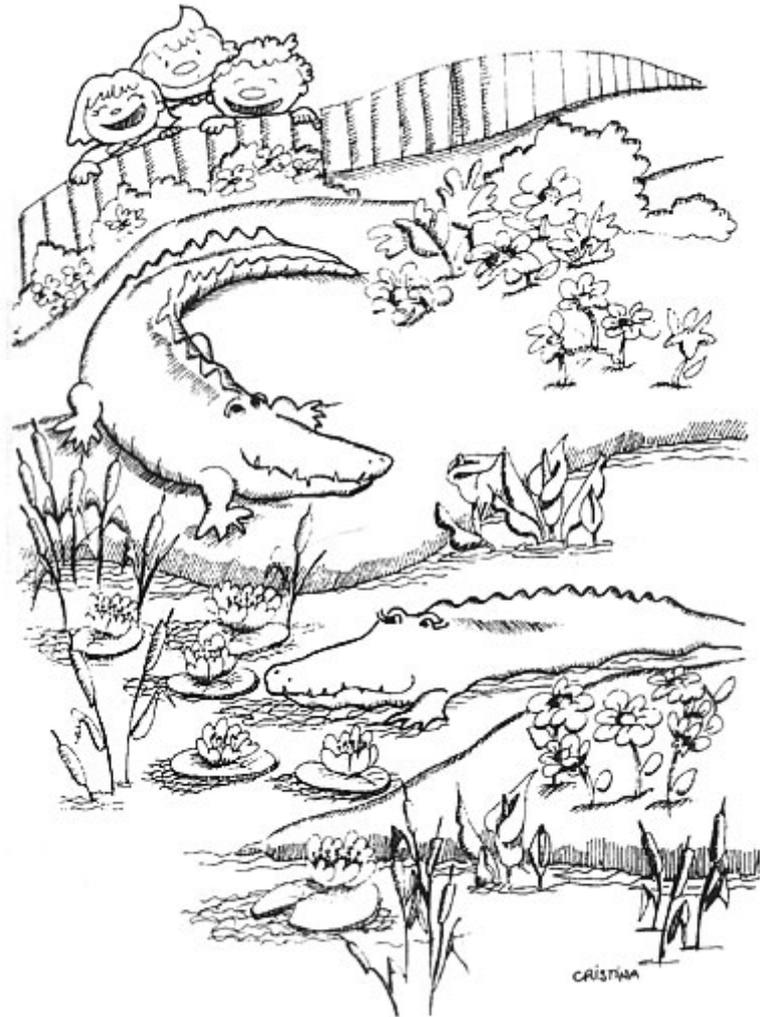
reconocerse muchos de sus jóvenes lectores. Son niños con sus defectos y sus virtudes, aunque es evidente que al autor le interesa resaltar más estas últimas.

A. Gómez Yebra siempre optará por una infancia alegre, plena, feliz. Él mismo, un poco niño también, escribe sus *Travesuras poéticas* para abundar en esta opinión del disfrute del universo infantil por parte del propio niño, de ahí que lo sitúe en el centro de su universo y que aparezca como tema principal de sus versos. Si leemos uno tras otro los títulos de los capítulos en los que aparece dividido este libro, obtendremos unos bellos pensamientos en forma de poema, donde les da a sus jóvenes lectores instrucciones audaces, que apuestan en todo momento por una eterna infancia, por niños activos, naturales, traviosos, alegres y auténticos:

Niño, mi niño,  
no te hagas viejo.  
Sigue haciendo travesuras.  
sigue rompiendo floreros.  
Destrózate los zapatos,  
arrástrate por el suelo.  
Llena tus ropas de barro,  
garabatea los testeros.  
Manos, cara y pelo sucios  
ven que yo te cuente un cuento.

*Travesuras* es un libro para niños: «un libro» dice su autor- «que quiere ser como ellos, como vosotros, ágil, risueño, sin pretensiones de algo demasiado bien hecho o acabado.» El escritor quiere aficionar a la lectura al pequeño lector o al niño que lo escucha en los labios de otra persona, de ahí la despedida de la obra, donde Gómez Yebra pide a sus interlocutores que anoten todas las ideas que tengan tras su lectura y, lo más importante, que se las envíen.

La preocupación y el amor que A. Gómez Yebra siente por los niños y por las letras, por ambas cosas conjugadas, son obvios. Recordando el versículo bíblico dirá: «que los niños se acerquen al libro en general». Aunque no sepan leer, que los miren, que jueguen con ellos, que los deshojen, que los presten... todo esto es crear afición a la literatura, «es abrirles las puertas de un Universo



Il. de Cristina Peláez Navarrete para *Menuda poesía*, de Antonio Gómez Yebra. (Madrid: Banda de mar, 1994, p. 41).

maravilloso». ¿Son éstas algunas de las razones por las que el autor de estas poesías acomoda al niño -y así seguirá haciéndolo- en el centro de su cosmos poético?

Los niños de este libro quizás no tengan demasiados rasgos propios o una identidad psicológica muy marcada. No obstante, pueden apuntarse una serie, de particularidades comunes: son niños amantes de los animales, juguetones, traviesos, imaginativos, alegres, bondadosos, inquietos, generosos... Hay más niños que niñas, pero todos actúan y piensan conforme a su edad.

El protagonismo de estas criaturas literarias puede venir dado de dos modos diferentes: por ser centro del poema, presencia activa descrita y vista por las pupilas del autor; o por estar en un segundo plano poético, pero ser los ojos del niño, sin embargo, y su imaginación los que describan su personal microcosmos.

En este libro predomina el segundo punto de vista. Quizás sea la forma más destacada de protagonismo: la de conceder al niño la maravillosa posibilidad de ser dueño de sus objetos, sentimientos y vivencias, y, lo más importante de todo, de su propia voz poética, en ese afán de que al menos uno de ellos intente remedar a sus criaturas poéticas: «Si de la lectura o la audición de este libro un solo niño siente deseos de emulación -dirá A. Gómez Yebra en las palabras preliminares- y comienza a exponer gráficamente sus pensamientos, sus ideas, sus sensaciones, sus propios chistes, si uno sólo se decide a acercarse a otros libros, me daré por bien pagado. ¡Adelante!».

En *Travesuras poéticas* las alusiones a los niños son de muy diversa extensión: desde la escuetísima de «Bajó la luna al jardín», donde sólo se explica que había una niña que soñaba trajes de novia, hasta la de poemas donde esta figura es protagonista indiscutible. Aparecen en sus versos niños caritativos, generosos y desprendidos, como los de «Con un duro» y «Seis globos», poemas en los que el autor nos presenta a unos chicos a quienes no les importa compartir su dinero con los pobres o sus globos con un familiar. También ofrece al niño como amigo predilecto de los animales (y no sólo domésticos), como el pequeño preocupado por la escasa salud de su animalito en «Mi gato», o como esa niña de «La jirafa», que se encuentra de visita en el zoo. Para el niño, el animal está cerca, es manejable, no se impone, es compañero humilde, le observa desde su cercanía.

Nos ofrece el autor poemas de referencia obligada en todo poemario infantil. No podían faltar los juegos y objetos que siempre han comportado al niño alegría y felicidad. Pero no será el poeta quien cuente, desde su perspectiva, lo que para un niño puede representar un balón y un caballito de madera o para una niña una muñeca.

A. Gómez Yebra dejará hablar a los más jóvenes mediante el recurso de la primera persona verbal. Así, en «Mi pelota», el niño es el amigo inseparable del juguete, el cual se convierte en protagonista del poema, pues el niño, en sentido estricto es, simplemente, el narrador. Lo mismo sucede con «Mi muñeca», donde el posesivo del título advierte que es como si la niña «escribiese» el poema. En estos textos se producirá por parte de los más pequeños la sobrepujación de los juguetes, llegando a producirse en el último caso una personificación, al igual que sucede en «Tacatá, tacatá, tacatá» con el caballito de madera, pequeño y guapo, al que tanto le gustan los dulces.

No podían faltar los niños inquietos, curiosos en un libro como *Travesuras poéticas*. Sus curiosidades son, no obstante, fantasiosas, ingenuas, propias de la edad. En «Oye, viento» nos retrata a un niño que quiere volar para ver dónde están los ángeles y ofrecerles su amistad al menos durante unos instantes. También es imaginativo el de «Con mi escalera». Este niño es amante de la acción. Como le sucede a la mayoría, con un simple objeto -una escalera- desplegará toda la magia que le ayude a jugar y a descubrir nuevos mundos.

¿Y cómo olvidar a los niños ingeniosos, de lógica tan aplastante que hacen perder la calma a sus mayores? En «Lío gramatical», uno de los poemas más divertidos del libro,

Gómez Yebra, sirviéndose de unas reincidentes consonancias agudas, presenta a un no muy aplicado estudiante que intenta repetir la lección no demasiado bien aprendida:

-Vamos a ver, Manolito,  
si aprendes esta lección:  
una silla muy grandota  
suele llamarse sillón  
y a todo el que manda mucho  
se dice que es un mandón;  
supongo que ya lo sabes.

————— 24 —————

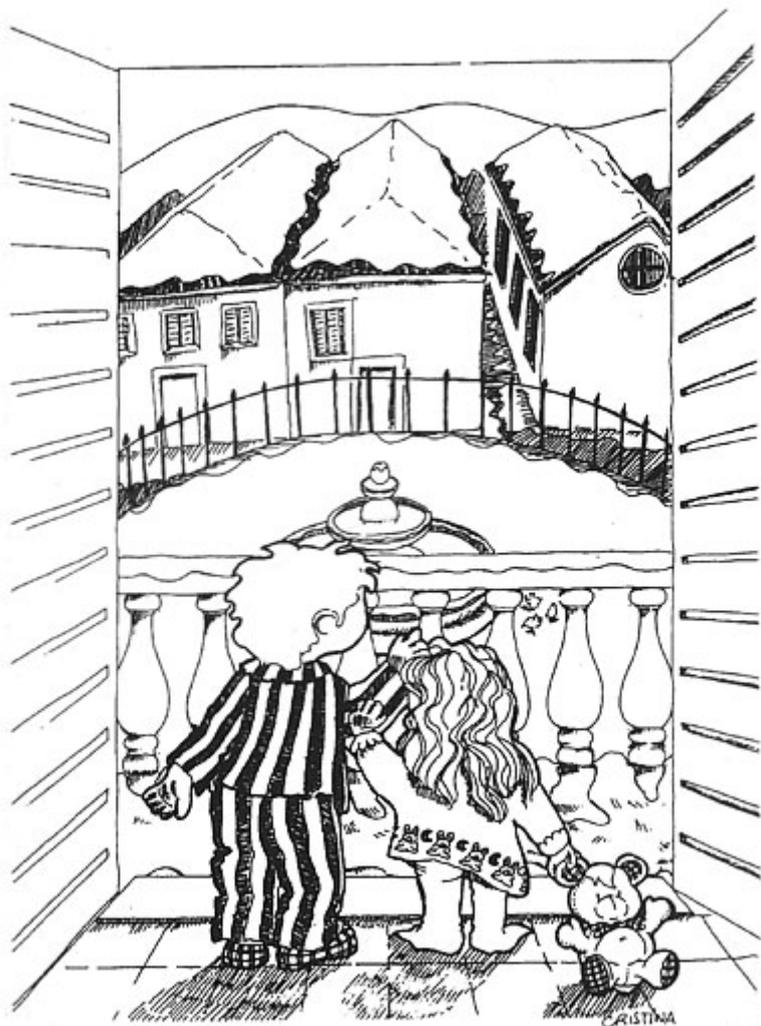
pues has prestado atención.  
-Por supuesto, don Anselmo,  
ahora lo diré yo:  
una carta de gran sobre  
suele llamarse cartón,  
a una gran bota de vino  
se la llamará botón,  
y a todo el que lee mucho  
se le ha de decir león.

Cuatro años después, en 1983, publicaría en Ronda su segundo libro de poemas: *Versos como niños*<sup>5</sup>, desde cuyo título se testimonia la relevancia del niño en su poesía. Las similitudes con su libro anterior son numerosas. El niño sigue siendo presencia activa y la visión que de él nos ofrece si no varía en lo esencial, sí se ve ampliada en algunos aspectos, aunque no abandona los temas que han venido considerándose tradicionales en este tipo de literatura: los animales, las flores y todos los elementos de la Naturaleza.

En sus versos, ágiles, risueños, alegres, felices, saludables, tal y como ve y concibe el poeta a los niños, vuelven a aparecer pequeños creativos, con grandes dotes para la imaginación, como los de «El niño y la piedra», «Bicicleta» o «Palo de escoba»; los hay estudiantes, suelen ser anónimos, sin señas de identidad, como los que apenas se vislumbran en «Las campanas» y «Las piedras»; suelen gustar de los juegos y travesuras, como se ve en «Por la calle» y «El escondite»; no podían faltar los niños amigos del universo vegetal y de los animales de «El árbol» o «El delfín»; ni los que llegan a fundirse con la Naturaleza: esto se ve en «Niño, playa» -poema de tantos recuerdos guillenianos<sup>6</sup>- y en «El niño».

Esta tipología infantil se amplía con los que aparecen en dos poemas vinculados entre sí, donde una niña y un niño dan su personal visión de lo que ven a su alrededor. Nos referimos a «La niña mira» y «El niño mira». En ambos textos, el escritor hace, como indica en el título, «mirar», observar y reflexionar a sus protagonistas, pues para

él los niños son seres inteligentes, capaces de discernir, pese a su inocencia e infantil perspectiva, esas pequeñas (y al mismo tiempo importantes) evidencias.



Il. de Cristina Peláez Navarrete para *Menuda poesía*, de Antonio Gómez Yebra. (Madrid: Banda de mar, 1994, p. 55).

Su niña mira a los pájaros, a los mineros y a los chiquillos que juegan a pelearse en una plaza, circunstancias que aprovecha para lamentarse de la privación de libertad y de la existencia de las guerras. Cuando el poeta hace observar al niño, la profundidad del poema anterior desaparece. La ternura de la niña ya no se aprecia en estos versos, pues

ahora, sin más, este protagonista infantil será fantasioso e imaginativo: tan sólo quiere jugar y divertirse.

Relacionado con estos poemas aparece «Que no me vengan a mí». El niño de estos versos vuelve a ser inteligente y reflexivo, pues no acepta esa mentira tan socorrida de los mayores de que los niños vienen de París. Con ese conocimiento ingenuo, pero lógico y aplastante, que les caracteriza, exclamará:

Que no me engañan, que no,  
que los niños y las flores  
son fruto de los amores  
y de la mano de Dios.

*Pequeños poemas y cuentos*<sup>7</sup> es el tercer libro de poesía infantil de Antonio Gómez Yebra. En sus dieciocho poemas mezcla el elemento lírico de raigambre culta con el de origen popular. Los seis cuentos que en él aparecen consisten, especialmente, en escenificaciones de animales. Siguen apareciendo en estos versos niños juguetones, soñadores, bondadosos, músicos, imaginativos, cariñosos y obedientes. Así son los de «La tormenta», «En casa hay un patio», «Sueño», «Vacación», «Cometa», «Patinar», «Cuando llegue tu santo», etc. Gómez Yebra, este niño-poeta, sigue incitando en sus versos al disfrute. En «Los niños saltan», exclama:

Los niños juegan. ¡dejadlos,  
dejad que sigan jugando!

En «Arroyo claro» se apuntan dos temas poco usuales en la poesía infantil de este escritor: el amor no correspondido y los celos, sentimientos más propios del universo de los mayores o, al menos, algo más cercanos a la adolescencia. Ahora será una niña enamorada la protagonista, quien recuerda a las de la literatura primitiva popular cuando lavaban en un río las prendas de sus enamorados.

Pero queda disculpada esta «intrusión» en otro diferente mundo poético, pues a ojos del autor -ya lo manifestó en 1986- cualquier asunto podía ofrecérsele al niño sin

ninguna dificultad, siempre que su elaboración estuviese acorde con su desarrollo intelectual y con un vocabulario apropiado<sup>8</sup>.

La composición más interesante de *Pequeños poemas y cuentos* es, a nuestro entender, «Preguntas». Con clarísimos ecos machadianos, nos presenta a un niño-filósofo, trasunto del propio autor, que interroga al agua a dónde va y cuál fue su origen. Aprovecha la ocasión este niño-poeta reflexivo para hacerse a sí mismo idénticas preguntas, las del propio autor:

El niño quiere saber  
cuál fue su propio principio  
y los pasos que ha de dar  
para dejar de ser niño.  
Mientras el niño pregunta  
hacen sus pies el camino;  
algo lo está transformando  
en hombre: sumo prodigio.

Nos atrevemos a apuntar que en este libro se encuentran algunas poesías que perfectamente encajarían dentro de la literatura destinada a los más mayores, por su complejidad y enjundia. Su sencillez, sus juegos de palabras y los personajes propios de la literatura infantil hacen que puedan ser recibidas por ambos interlocutores. Siempre se ha apuntado que la literatura infantil puede tener (y de hecho tiene) como receptores a los no tan jóvenes y que mucha de esta literatura es, en el fondo, literatura para mayores.

Dos años después, en 1987, publicaría su cuarta obra de poesía infantil: *Animales poéticos*<sup>9</sup>. Libro de poemas, fábulas y adivinanzas, es una producción para que disfruten los niños y también los adultos. Sus versos siguen siendo de calidad y en ellos, como indica el propio título, Gómez Yebra ofrece en clave poética su visión del universo animal. Aquí, los animales van a ser los protagonistas indiscutibles de sus versos, llegando a personificarse en la mayoría de los casos.

Ahora bien, también dejará el autor un pequeñísimo resquicio para que por él penetre el niño. Si aparece presente lo hace como en una instantánea fotográfica; así, en una leve referencia, lo vemos cabalgar sobre los estribos en «Caballito de feria», pero también se nos muestra como narrador en «El oso titiritero» y «Mi loro».

Y así llegamos a 1994, último jalón en el quehacer poético de A. Gómez Yebra. En esta fecha aparece en el mercado editorial *Menuda poesía*<sup>10</sup>. Dedicados a su hijo menor, estos poemas vuelven a ser el reflejo de la belleza y el amor que el autor siente y siempre sentirá por los niños. Vuelve a enseñarnos con sus versos que entiende a los más pequeños, que los sabe emocionar y divertir, que los comprende y le gusta jugar con ellos. Y todo porque este autor nunca ha renunciado, es obvio, a su infancia y porque su actitud, alejada de todo tipo de alardes de erudición retórica, es eminentemente lúdica.

Ya desde el título juega con el lector -muy del gusto de Gómez Yebra-. La bisemia y el equívoco son evidentes. Menudo puede significar pequeño, delgado, chico, pero también, y todos lo sabemos, puede alcanzar un sentido ponderativo. Ambos significados, aunque no aparezca el título enmarcado entre signos de exclamación, caben en los versos del libro que estamos analizando: son menudos sus poemas, pero no por su insignificancia, sino por su sencillez, su modestia, su brevedad; al mismo tiempo, son increíbles y fantásticos por la revalorización que del mundo infantil conllevan, porque tienen el don de acercar la poesía a los niños.

Éstos siguen estando presentes en sus versos. Ahora, el autor nos los presenta dueños de su propio universo infantil. En la mayoría de los poemas en que aparecen, son ellos quienes relatan lo que ven, con sus propios ojos, con su personal visión, desde su perspectiva.

Como muy bien apuntó Enrique Molina Campos, ya en 1979, al enjuiciar *Travesuras poéticas*, A. Gómez Yebra «renuncia a expresarse a sí mismo para que los niños, expresándose con su palabra, se adueñen de la realidad, y todo esto con una sencillez fresca y comunicativa». Mientras otros emplean la palabra para interpretar el mundo, el autor la «rebaja» hasta la talla de los niños para que éstos la reconozcan como reveladora del universo.

No hay variación en cuanto al modo de concebir a sus criaturas literarias. Sigue optando el autor por las travesuras, la alegría, la felicidad, los juegos, el

amor a la Naturaleza, la imaginación, la magia (...) Esta opción poética y personal de Gómez Yebra le lleva a que en «Exageración» varios niños cuenten en tono admirativo y en forma similar a una reñidísima competición las locuras que hacen sus abuelas. Son, por supuesto, hechos prodigiosos. No nos cuentan que hagan colchas de ganchillo o que cocinen muy bien, sino que corren a la pata coja hasta el mercado, que vuelan hasta Milán o que adelantan en el camino al bueno de Superman. El autor sabe a la perfección -y de este modo lo pone en práctica- que el niño debe ser cautivado por la fantasía y la magia, por esa sensación que lo eleve del mundo real al irreal, pero posible.

Con sus versos, sigue abundando en su concepción infantil, a la que concede especial importancia. En «El niño dice que no», el autor opta por situarlo en un lugar privilegiado dentro del mundo de los mayores. El niño, evidentemente, es un ser importante para el poeta. Diga lo que diga aquél, todos están conformes a su alrededor, y no porque propicie la condescendencia o las zalemas,

sino por lo que de reafirmación de su propia personalidad conlleva su actitud. Si el niño se obstina en decir *no* a una serie de presupuestos y verdades evidentes, como que no es de noche cuando brilla la luna; o si se niega a aceptar las interpretaciones de sus mayores, prefiriendo otras más poéticas y fantasiosas, dando sus personales opiniones, todo el mundo está conforme.



Il. de Cristina Peláez Navarrete para *Menuda poesía*, de Antonio Gómez Yebra. (Madrid: Banda de mar, 1994, p. 51).

Al menos así quiere el poeta dejar constancia del deseo de construir un mundo donde el niño sea importante por sí mismo, donde sus opiniones sean valoradas. En «El niño dice que sí» aparecen los mismos objetos poéticos que en el poema anterior: el sol, la luna, las estrellas y la tierra. En ambos se vislumbra la importancia que para el autor tiene el caudal poético e imaginativo del niño: un tesoro que, en todo momento, hay que potenciar y desarrollar.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

